

Tal para cual

Gustavo Slatopolsky

1/V

Las palabras de V. en el taller de la palabra solo soportan el “de” - como si se tratase de *sus* palabras, que dijese algo que *quisiera* decir – por una cuestión de convención. *Sus* palabras son imágenes compactas que se trasladan en bloque y sólo refieren nombres de películas con superhéroes, pronunciadas en un tono peculiar, muy diferente del habla corriente. Se le pide su palabra, la da: “*Cars 2. Equipos al rescate*”, “*Los Caballeros del Zodiaco: caballeros del Santuario*”, hombre araña x, etc. Cuando en el tiempo dos se pregunta “quién dijo”, si se trata de su frase, algo resuena en él; no es capaz de localizarse en el lugar de aquel que la ha enunciado – no puede decir “yo” –pero la frase lo imanta en una metonimia que anda sola sin sujeto. La pregunta “¿quién dijo “hombre araña 3?” lo lleva a “Marvel, las aventuras...”; es como si una frase llamase a otra sin poder dar con aquel que la ha enunciado: las palabras hablan solas, por contigüidad de sentido. A veces pasa también que cuando nombra – “*Capitán América*”, por ej – la palabra misma lo toma a V.: al momento de pronunciarla hace la venia del capitán; o la palabra “avión” – de “*Aviones 2*”- le hace desplegar sus brazos y comenzar a volar. La palabra no opera separada de la referencia, y, en su caso, él es la referencia de toda palabra: *Capitán América* lo hace *el* capitán, *aviones* lo lleva a volar (pero no en/dentro del avión; él *es* avión).

Reconocerse autor de lo dicho necesita de una distancia; está lo que se dice, soportado en quién lo dice: dos lugares para reconocerse responsable – responsable un su dimensión mínima – de haberlo dicho, de *esa- palabra- me- pertenece*.

Comienza un forzamiento. El coordinador acepta la respuesta “Marvel” y vuelve sobre V,

-¿pero quién lo dijo?

La metonimia se relanza. A “Marvel” le seguirá “Mary Jane, la novia del hombre araña” y el coordinador acepta pero vuelve a preguntar. La situación es de tensión *calculada*. No se desconoce el lugar de defensa necesaria que opera ese modo de habitar el lenguaje pero se lee allí una modalidad que lo deja solo. La frase en bloque de la película, el héroe que opera de localización del goce del Otro¹, es todo con lo que cuenta para civilizar un intercambio con otros. Fuera de eso, solo es una presencia de lo corporal que lo envuelve. V. lo sabe muy bien, conoce la frontera que lo sostiene en el umbral de la civilización y se agarra a la metonimia. Así y todo, insistimos, con cuidado:

-sí, pero *quién* lo dijo?

En un momento V. *se* señala con el dedo índice. Quién está *detrás* de la frase dicha es eso que queda señalado por él. Eso todavía no es *yo*, es la denotación sin palabra de eso que habla y que al momento de señalarse sostiene la respiración, que necesita para atravesar lo que está en juego. Momento casi mítico que conmueve; V. es su propio superhéroe, mudo, que ha decidido ponerle punto a la deriva metonímica. Hay alguien que hace posible el dicho y eso espera ser nombrado. Le digo

-eso se dice “yo”. *Yo, yo, yo.*

Al borde del colapso, el cuerpo de V. se tensa; el cambio en la respiración lo pone morado. Con enorme dificultad y paso cuidado comienza muy despacio a señalarse otra vez, mudo, y dice “yo”.

La palabra “yo”, como observa con pertinencia el neurocognitivismo y sus prácticas asociadas, puede aprenderse con un método apropiado; o puede ser efecto de un atravesamiento,

efecto de una subjetivación en proceso. Éticas dispares² se emparentan con una o con otra.

En la actualidad, al comienzo de cada vuelta del taller, cuando pregunto “quien quiere empezar” responde en alta voz “¡yo!”, ahora sin necesidad de señalarse. Su palabra sigue siendo alguna película pero antes ha sido posible nombrar el deseo de ser el primero en decirla.

2/M

Sobre M. hemos escrito mucho. Es notable, después de tantos años, la imposibilidad de una palabra que no fuera una parte de su cuerpo, de una palabra que no se acompañe de una parte del cuerpo. La palabra “*mano*” surge al mismo tiempo en que su mano emerge a su mirada; “*pelo*” es dicha tironeando del mismo y así... Siempre una sola. Si el coordinador fuerza una extensión para algo más que una sola palabra:

-mano y...- ; silencio tenso, casi de perplejidad. M. parece no lograr comprender que a la “y” que añade el coordinador debiese seguirle otra palabra; dice “*pelo*” ahora, para salir del paso.

El coordinador dice la frase completa, “*mano y pelo*”; M. sólo repite la última palabra dicha, “*pelo*”. La conjunción “y” no tiene función copulativa en una lógica en la que el significante no alcanza a separarse del cuerpo y que sólo nombra pedazos que no se articulan entre sí. Así y todo, sus palabras resuenan: cuando se pregunta quien dijo “mano”, sonríe y se señala, ya nombrándose como M., ya diciendo “yo”.

Comenzamos a prestarle palabras que no fuesen su cuerpo, que repite. Así B., con una dificultad fonatoria importante, le presta nuevas palabras: buzo, campera. Esto permite una novedosa apelación en M. en calidad de sujeto: le preguntamos si quiere decir *o que alguien le preste* y él responde “*preste*”. ¿Quién? “B.”, responde señalando el

partenaire elegido, débilmente, siempre el mismo.

Las ausencias reiteradas de su partenaire permiten que un día propongamos a V. para prestarle una palabra...

3/M→←V

En el comienzo, V. no es original. En calidad de prestamista sólo ofrece los significantes probados, eficaces en el armado de su singular defensa: “Power Rangers x”, etc., de los que M. sólo toma la última palabra. Para V. no hay rasgo de M. que oriente una palabra dirigida a él; a su vez, nada de V. incide en M. Sus mundos siguen solos, sin más noticia del otro que la insistencia en M. en elegir a V. para que le preste la palabra.

Así, V. produce una frase que da cuenta de la entrada de M. en su mundo:

-M. es un carpintero

M. repite algo así como “tero”. El coordinador pide a V. que le repita la frase y V. mira fijamente a los ojos a M. y le repite con énfasis “M. es un carpintero”, y en M. nace la cadencia, la preocupación por reproducir el tono que da cuenta de una *frase*. Las palabras no se entienden bien pero está el esfuerzo de algo nuevo. Enternece el esfuerzo que se toma V. en pensar la frase para M:

-*M. es un... es un... es un... ¡astronauta!*; más adelante, un policía, un bombero, un cirujano, un enfermero...; y M. que repite la frase entera, cada vez más claro.

V. ha sacado a M. de la palabra sola, pedazo de cuerpo; M. emerge como límite para V. en lo que hace a la reproducción mecánica de películas. ¿Con qué modalidad?

Si retomamos aquel tiempo en que el coordinador busca enlazar dos significantes en virtud de añadir la conjunción “y”,

puede leerse bien que no se trata, solamente, de una cuestión de comprensión. Existe algo en V. que ha posibilitado vehiculizar el paso; no hacia el otro significante pero sí a soportar una cadencia. La cadencia sigue siendo un significante solo³; es un bloque macizo que, por ahora, no admite cortes pero sanciona su consentimiento a dejarse nombrar por otro. Antes repetía la última palabra que otro pudiera ofrecerle; era su manera de dejar entrar para rechazar en el mismo acto: “mano y pelo”; “*pelo*”. Entraba pelo porque lo que se rechazaba era el “y”, donde resuena el abismo entre Uno y dos⁴.

Una nueva solución es posible: la frase entera, sin por ello colapsar en el precipicio que abre al otro significante. Esto permite hablar la cadencia sin asomar al borde; antes la palabra sola encontraba la frontera; ahora la frontera aparece al final de la frase. Y está ese *algo* en V., inasible, imposible de codificar que permite localizar el exceso en el lugar de doble⁵ que V. ha tomado para M.

Del otro lado de la solución, M. es el primer superhéroe encarnado, real, que no viene con el título de la película adherida, y esto obliga a V. a inventar. Los puntos suspensivos en el momento de la creación son elocuentes: *M. es un...es un....* Cuando aparece astronauta, carpintero, si bien es cierto que la frase se sella con una imagen propia de manual de colegio, o de “Bob el constructor”, lo que sella es el instante de hiancia, soportable ahora, con el que V. ha podido confrontarse. Lo sella a su modo, con ese rasgo con el que V. se hace al mundo, pero que permite leer que M. pasa a ser otro superhéroe, *recién* cuando alcanza un predicado; antes, al momento de los puntos suspensivos, M. es partícula de real a localizar en un sentido⁶ que ha penetrado su mundo cerrado sin por ello desencadenar⁷. M. es partícula de real que se ha adentrado para ser incluido en la defensa, pasando a ser parte del mundo de V., flexibilizando su relación fija con el mundo.

4/tal para cual: efecto la cigarra

M. deja caer un poco, apenas, esa palabra hecha de pedazo de cuerpo, para hacerse de la cadencia que oferta un doble asequible; V. soporta un instante el encuentro con el mundo sin la película de turno para hacer su propia película: tal para cual. Pero no sin la cigarra.

V. atisba otro modo posible en el mundo, a partir de lo hemos llamado aquí tensión calculada. La dinámica misma del taller de la palabra llama a diferenciar enunciado de enunciación: “¿quién dijo...?”. Desde esta formulación “para todos”, el forzamiento sobre él a localizar un lugar de enunciación pone en juego un deseo de otra posición desde la coordinación - ¿deseo del analista?, tan discutido a lo largo de todo el año en el seminario – que hace posible el acceso a una imagen que localice *alguien* que dice. Y la posibilidad de que ese mismo preste una palabra, *suya*.

M. durante años cede la palabra que se le pide, una palabra sola, pedazo de cuerpo. El coordinador tensa: “mano y...”. También aquí se trata de un deseo; deseo que no desconoce el encuentro con la perplejidad y el riesgo en juego en el pasaje. Se trata de un deseo que respeta la solución alcanzada pero que lo espera en otro lugar; ese otro lugar tendrá la forma de la propuesta: “¿quieres decir o que alguien te preste?”. Otra vez, aquí el universal de decir una palabra, que orienta la dimensión del para todos, hace lugar a una palabra que se le dirige al sujeto, siempre singular. Prestar palabras no participa del código del taller, es invención en acto, es presencia del Psicoanálisis pescando lo más propio del sujeto y amoldando el código del taller a la emergencia de eso que le permita extender la frontera del encierro. M. toma la propuesta, elige un partenaire. Concede algo al deseo del Otro que por la maniobra en juego no deviene iniciativa ni espacio que se lo traga⁸.

V. y M. hacen el nudo el uno con el otro a partir del vaciamiento operado por la intervención analítica. Eso busca propiciar un taller en la cigarra.

Notas

¹ Por tener el doble la capacidad de operar una suplencia de borde de un cuerpo en el sujeto autista. Laurent, E.: “La bataille de l'autisme. De la clinique à la politique”. P. 85. Navarin/Le Champ Freudien.2012
Maleval,J.C. (2009) :”L'autiste et sa voix”. pp.105-119. Seuil

² Laurent, E. Ibid. p.120-121

³ “Conformément à la nature du signe, qui n'efface pas l'objet qu'il représente, (...)”
Maleval,J.C.: ibid. p.144

⁴ “Le jeu du symbolique est alors rééllisé sans equivoques possibles”. Laurent,E. ibid, p.40

⁵ Maleval JC: ibid. p.109-113

⁶ En tanto que tal, instante que roza la posibilidad de equivocidad de toda lengua. De allí el sueño del autista a partir de la defensa lograda, resumido en la fórmula “un sens/un mot”. Citado por Maleval JC. Ibid, p.274

⁷ “Lorsque l'objet pénètre dans son monde, même s'il ne peut être nommé, il éveille la rummeur de la langue”. Laurent,E, ibid, p.77

⁸ “(...)insondable nulle part”. Rey-Flaud, H. Les enfants de l'indicible peur. Nouveau regard sur l'autisme.pg.155/Aubier 2010